

nuestro largo sueño, y en adelante no dormiremos más. Nadie debe seguir pensando que porque ellos siguen siendo los ricos van a seguir ganando siempre, ni debemos atemorizarnos por sus amenazas. Tengamos fe, pues, como dice nuestro hermano mayor, la justicia engendra poder. Todo voto es, pues, ahora indispensable para salvarnos y salvar a otros. Nuestra cosecha que seguirá a nuestra siembra de hoy, será para todos: todos tendremos un poco y seremos iguales como en el principio”.

Se volvió hacia los representantes que le acompañaban y fué preguntándoles de uno en uno:

—Hermano Macoy Caj, ¿qué mensaje nos traes?

El otro dijo, levantándose:

—Yo vengo de los pueblos de oriente de Jalapa y Zapaca, y desde Sampaquisoy y Quequexquillo hasta Lampooy y Mayuelas, sin excepción estamos todos decididos, vaya, a votar por nuestro hermano mayor sin hacer caso de amenazas.

—Muy bien, hermano. Y vos, hermano Tecú Bá, ¿qué nos va a decir? —siguió preguntando el conferencista.

—Pues yo quiero decir que allá queremos a Xirúm Ij, vaya, y sólo a Xirúm Ij, vaya, en todos los pueblos del Alta Verapaz y Petén, vaya desde Sequixún y Cotoxá hasta Yaltutú y Texcoco, vaya.

—Sentáte, hermano. Hermano Concuá Ixtamor, tenés la palabra.

—Les digo pues, que nosotros estamos todos como un solo hombre en Santa Rosa y Suchitepequez, pues, pasando por Escuintla, desde San Juan Tecuaco y Tepeaco hasta Guanagazapa y El Copalchí, sin poner oídos a ningún sobornado.

—Así se habla, hermano. Las cosas claras. Sentáte. Y vos, hermano Chajchalac Cotúc, ¿qué nos querés decir?

El aludido se pone de pie, hace una reverencia y sale como en el teatro:

—Hermanos, me honro en informarles que por allá por Totonicapán y San Marcos y Xelajú, estamos lo mismo. Desde Chuacorrall y Cunlaj hasta Pajapita y Chicalajá, estamos compactados y seguros de ganar...

Un indio que estaba cerca de mí, le preguntó a su vecino en voz baja:

—Mire, ¿qué cosa es compactado?

Y el otro respondió en el mismo tono:

—Una cosa dura.

El conferencista continuó haciendo preguntas hasta que agotó la lista de los veinte y tantos representantes que eran. Entonces, dirigiéndose al público, prosiguió:

—Pues ya ven ustedes que todo está muy bien... A ver vos, el del pañuelo rojo. (Se dirige a uno del auditorio). El del pañuelo rojo en la cabeza... (Todos se miran unos a otros. Hay un murmullo en toda la sala, y al fin se levanta el señalado con toda vacilación, el sombrero en la mano)... Si, vos, decíme: ¿por quién vas a votar?

A voz en grito responde:

—¡Por Miguel Xirúm Ij, nestro Riformador!

Risas, comentarios y alborozo por toda la sala. El conferencista (¿o deberé llamarle mejor presidente?) golpea la mesa con el puño y llama al orden:

—¡A callar, pues...! Sentáte vos. Así se habla. Las cosas claras... A ver vos (a otro del público, uno que va forrado en una enorme capa de lana negra), vos, chamarrudo... ¡Silencio los demás!... Sí, vos. Servíte contestarme: ¿por quién te gustará votar?

—¡Por nuestro hermano mayor, Xirúm Ij!

Risas y aplausos. A su turno fueron también preguntadas las mujeres, “aquella de los moños verdes”, o bien “la del guipil bordado”, habiendo contestado éstas de la misma guisa, aunque con menos soltura.

El presidente siguió diciendo:

—¡Magnífico! Ya ven, pues, que nadie debe tener ningún miedo ni ninguna desconfianza, que si ellos tienen el dinero, nosotros tenemos los brazos. ¿Que los tenemos flacos y débiles? Y ¡qué!, ¿no pesa más un azadón que cualquier arma? (Aplausos y cabeceos entusiastas del público). Y, sin embargo, siempre pudimos manejar azadones. (Gritos de ¡bravo! y algunos vitoreos para el conferencista y para Xirúm resonaron en el salón, que aprovechaba aquél para vaciar a tragos una botella de agua que le habían puesto en la mesa). Mas no se preocupen ni piensen

que habremos de pelear. No será necesario, que el poder de la justicia es muy distinto al de la iniquidad; y por eso aquélla sólo se sabe triunfar, con la ayuda de Dios, en todas partes, como triunfa la luz de las tenebras, y triunfará también aquí porque no ha de ser la excepción Guatemala.

Resonaron los aplausos otra vez, y aquel siguió hablando por un rato más, pero yo concentré ahora mi atención en aquel público que escuchaba con tan verdadera unción que se hacía admirable a mis ojos, pese a lo raro de sus nombres, si bien no sabía qué admirar más; si la cristalina sinceridad de las palabras de aquellos líderes que parecían brotar espontáneas como el agua de las quebradas o los frutos de sus huertos, o el respetuoso y a la vez entusiasmado auditorio, que constituía el terreno mismo en que aquéllos sembraban.

Peró esto no impedía que a la vez me sintiese contrariado al haber sabido que a estos mítines acude el candidato indio, y ¡no haberlo encontrado!; lo cual era tanto más lastimoso cuanto que mi interés había subido de punto al enterarme que es también Reformador. Y esto sí debía ser un buen distintivo. Pero, por otra parte, viéndolos tan pobres, desnutridos y cimarrones, se me hacía difícil comprender en qué podría él haberlos reformado, o, mejor dicho, cómo habrían sido antes de ser reformados. Todo esto despertaba aún más mi curiosidad hasta sentirme realmente intrigado por averiguar todo lo que hubiese acerca del Reformador y sus reformas. Ahora, pues, me alegraba de haberseme presentado esta demora que hasta hace poco había lamentado, si por ella me iba a ser posible satisfacer mi sed nunca apagada de aventuras.

Y con tales penas y esperanzas abandoné el salón, o por mejor decir, su entrada en donde me había quedado de pie entre los muchos que permanecieron en el umbral por no haber cabido dentro. Mas, al tiempo de bajar tomé involuntariamente una escalera distinta de la que me había servido para subir, pasando entonces frente a una gran biblioteca en donde se instruían en voluminosos libros decenas de indios, muchos de ellos ya de avanzada edad, siendo de notar el que todos, incluso los más jóvenes, usaban anteojos, como si apenas se dedicasen a leer se hicie-

ran miopes como se observa entre los japoneses. Era también de notar, ahora que estaban descubiertos, que sus cabezas eran pobladas de cabellos negros y lisos y rara vez entrecano, y en ningún caso calvas, siendo esto último lo que ocurre en los hombres de hoy día, aparte de caídas parciales o alopecias (pelagra o síndromes peligroides). Pero lo que sorprendía realmente era ver tal amor al estudio en aquellos descalzos, y que fué lo que me retuvo llevándome hasta acercarme a ellos en silencio, sin ser notado ni por ellos mismos: tal era como se aplicaban a sus libros. Así pude enterarme que unos estudiaban Economía Política, otros, Derecho Internacional; aquéllos, Historia de América, y los más leían en libros escritos en lenguas totalmente desconocidas para mí. Y en este punto no pude menos que empezar a mirarlos con otros ojos, pues gente que se ilustra así, no importa cómo se llame, no puede ser despreciable.

No queriendo perturbar su devoción, salí en seguida, y ya en la calle le pregunté al primer indio que me encontré:

—Deseo conocer a ese gran hombre que se llama Reformador. ¿Dónde lo podré hallar?

Me quedó viendo, y me preguntó a su vez:

—¿Para qué?

—Pues, supongo que curiosidad, no más.

—¿Vos sos turista?

—Sí, señor.

Es corriente en todas partes el creer siempre a los turistas desprovistos de toda mala intención, como si fuesen considerados puros o nacidos de nuevo en el país adonde acaban de llegar, creencia tal vez basada en la remotidad de aquellos tiempos en los que el viajero, cuando no era un pirata, había de dejar antes hecho su testamento y despedirse de su familia como si el viaje fuese al otro mundo, debido a los peligros sinnúmero a que se exponía, hasta ser más que difícil llegar a su destino, y si llegaba era que contaba con la ayuda del cielo, lo cual significaría que ese viajero era persona temerosa de Dios. Ahora, aunque bien se sabe que el mundo se ha reducido hasta hacer de los viajes una prolongación de su patio, y se

sabe asimismo que los piratas han sido sustituidos con creces por los timadores internacionales y los agentes criminales de gobiernos agresivos, persiste no obstante la original creencia, en una manifestación pura del alma, de confiar en el desconocido, en el que viene de peregrinas tierras, más que en el vecino. Este sentimiento fué el que exploté al decirle que sí, soy turista, si bien él sólo se limitó a decir: "¡Ahí!", como si dudase de que lo fuese, o como si su desconfianza la extendiera hasta el más allá, en una ampliación por demás singular).

Como se quedara callado, sólo mirándome, volví a preguntarle:

—¿Dónde lo podré ver?

Y entonces respondió:

—El vive en Chichicastenango, pero hoy debe venir para la conferencia de la noche. —Y agregó: —Tal vez te interese ésto. Te la dejo para que la leas.

Y se fué sin esperar más, dejando en mis manos un impreso de propaganda en favor de aquel candidato, el que ofrecía gobernar al pueblo bajo los postulados de "Dios, Igualdad y Trabajo", y demás cosas que suelen ofrecer los hombres en semejantes circunstancias, exhortando a la vez a sus "hermanos a cerrar filas ante las urnas comiciales en los días viernes, sábado y domingo próximo.

Y me vine al hotel, pues ya era hora del almuerzo, pero decidido a volver por la noche.

Hora: 22.00

La tarde la pasé en los museos instruyéndome deleitosamente. Primero estuve en el zoológico, donde contemplé en el estanque un retoño de hipopótamo recién nacido. Pero fué en el Nacional de Arqueología o Museo Maya, en donde me demoré más tiempo admirando la nunca bien ponderada sabiduría y arte de esta raza.

En dicho museo, de organización relativamente moderna, se exhiben en primer término los monumentos nacionales reproducidos en yeso en escala fija, colocados en medio de sus valles o colinas naturales puestos en relieve,

además del trazo de las vías que conducen a ellos, para dar una vista general, una vista semejante a una perspectiva aérea, pudiéndome convencer de la exactitud de estas reproducciones por medio de las fotografías que son facilitadas allí mismo para hacer el cotejo. Bellas ruinas de las en otro tiempo orgullosas y prósperas ciudades Mayas, algunas de ellas restauradas ya, y mostrando todas al pie un resumen de su particular posición geográfica y su completo historial, viniendo a ser así de magnífica ayuda para los estudiantes de civilizaciones precolombinas. Finalmente, cada una es colocada en nichos especiales y dentro del mapa del departamento correspondiente a modo de poderse ver sus relaciones, todo iluminado indirecta y artísticamente.

Antes que ninguna me llamó la atención las de Ziculéu, palabra ésta que significa Tierra Blanca, al ser ciudad Maya, después de haber sido llamada Chinabahul cuando era metrópoli de los mames. De ella sólo quedan algunas plazas, impresionando una de éstas por sus proporciones bien equilibradas, con dos grandes pirámides de 16 metros de alto y de graderías interminables, una de ellas coronada su cima por un sencillo templo en cuyo interior, adosado a la pared del fondo presenta un rústico altar. Hay también otras estructuras igualmente de graderías, algunas terminadas en terrazas, y otras menores que se utilizaban para las danzas rituales; a los lados se ven las mansiones de los sacerdotes y vestales, y más allá, una serie de tumbas de piedra. Todo tan sólidamente construido que el conquistador Alvarado no pudo tomar por asalto estas posiciones sino después de un largo sitio que las hizo rendir por hambre. Pero, en mi opinión, estas ruinas son demasiado blancas. La restauración de ellas eliminó la mano indígena y hasta la mano ennoblecedora del tiempo para verse ahora rejuvenecida por la mano blanca y blanqueada del ladino...

Me interesaron también las de Quiriguá, que fuera antes otra gran ciudad. Pertenecientes al Gran Imperio Maya, exhiben con orgullo dos grandes plazas y algunas plazoletas; en una de aquéllas sobresale una gigantesca pirámide de 120 metros de altura, y estelas o estatuas de 9

metros, algunas de las cuales servían para observatorio astronómico (Veáse: Herbert J. Spinden: *Ancient civilizations of Mexico and C. A.*), así como obeliscos ornados de bajos relieves con figuras de animales e inscripciones y símbolos muchos aún indescifrados. Uno de estos obeliscos aparece inclinado en ángulo agudo, cual otra torre de Pisa. Se aprecian también ciudadelas, palacios y templos de estilo suigéneris, relieves murales y esculturas en rocas, construcciones tanto más de admirar cuanto que los bloques de piedra empleados en ellas fueron transportados desde lejos, al modo de las pirámides de Egipto, o como la construcción de los Reales edificios de Quito, de los Incas, cuya piedra fué llevada desde Cuzco, a cientos de leguas.

De menores dimensiones, estan allí las de Poptúm — que pronto habré de conocerlas en su verdadero tamaño—, las cuales son apenas una sombra de la gran ciudad que fué, de varios kilómetros de extensión y con pirámides de 30 metros de alto, patios de juego, pistas de baile y templos de columnas; así como las de Uaxactún, situada como la anterior en el departamento del Petén, en donde además aparece un par de estelas cuya posición especial hace indicar que les servía de observatorio astronómico, o sea para calcular el tiempo con la precisión que les ha hecho célebres.

Contemplé luego las de Piedras Negras, en el mismo departamento de Petén, que pertenecen al período Medio de la civilización maya (373-471 de Cristo), de muy bellos monumentales, como corresponde a ese período más brillante de los Mayas, y cuya riqueza y esplendor no se encuentra en otra parte del mundo, según los críticos.

Pero son las de Tikal, ciudad que correspondió al más temprano período de aquella civilización (166-173 de la era cristiana) y cuyo nombre significa “Ciudad de las piedras que hablan”, las más grandes y las que ostentan los templos más altos, pues el mayor de éstos mide 70 metros, contando pirámide y superestructura, decorado con murales y hasta con figuras de hombres y serpientes modelados en estuco y contruidos con bloques de piedra; amén de las espléndidas esculturas monolíticas o de madera puestas en las terrazas o a los pies de las escaleras, y a veces coloca-

dos frente a ellas altares con símbolos religiosos, según la posición que ocupaban originalmente.

Otras muchas ruinas ví allí, siempre en miniatura, para deleite e instrucción de todos, incluyendo las de Yaxchilán o Menché, las de Kaminal Juyú, Mictlán, Utatlán, etc., en las que puede apreciarse la estructura brillante de sus escuelas y amplios estadios, el patio de los juegos de pelota que los Qhichés llamaban "tlaxtli" y los Nahuates "tlashco", y que entre los Chiquitos (Pampeanos), aunque el juego era un poco diferente, llamaban "guatoroch". El tlaxtli era realizado entre dos grandes paredes separadas por la distancia de 30 metros, y encaladas lo mismo que el piso, habiendo un agujero en el centro de cada pared de modo que quedara el uno frente al otro, por los cuales había que hacer pasar la pelota que era de hule de un pie de diámetro, empleando para ello solamente las rodillas y caderas, los codos, los hombros y el pecho, y apostando oro, piedras preciosas, casas, mantas, maizales y hasta esclavos. (A. Recinos).

En todas estas construcciones es de admirar la pujanza de sus artistas y la elevación de sus sabios y poetas que las concibieron y las realizaron con trazos de sorprendente clasicismo que despertaron el asombro no sólo de la raza, sino de toda la especie humana, según opinión de los entendidos; tanto más de admirar cuanto que sus bloques de piedra eran cortados y ajustados al milímetro, con todo y que ignoraban las herramientas y demás instrumentos del hierro, hasta mover a Alvarado a escribir a Cortés una carta en que hablaba de esos "maravillosos y grandes edificios". Y así debía ser, pues sus constructores eran los mismos que habían inventado el igualmente maravilloso calendario Maya, llamado también Maykih, que puede verse en el sitio de honor de esta misma sección, el cual resulta ser más perfecto que el gregoriano al dividir el tiempo en 18 meses de 20 días cada uno, más 5 días que adicionaban al final del año, como en el calendario de los egipcios, para tenerse 365 días. Cada mes se componía de 4 semanas, y cada semana de cinco días, el último de los cuales era dedicado a la feria o mercado. Ahora bien, la fracción de 6 horas menos 11 minutos que so-

braba cada año la enmendaban, no como en el nuestro o gregoriano agregando un día cada cuatro años, puesto que no son seis horas exactas las que sobran, sino que esperaban ver pasar 104 años para agregar juntos 25 días, con lo que el calendario volvía a coincidir admirablemente con el verdadero tiempo. Y si es verdad que aún entonces, o sea después de agregar los 25 días, quedaba un exceso de alrededor de 4 horas y 40 minutos, para que éstos compusieran un día entero debían transcurrir más de cinco de éstos períodos de 104 años, o 538 años. Y cuando los conquistadores blancos llegaron a México se encontraron con que el suyo tenía un error de 11 días adelantados al tiempo verdadero, habiendo tenido que adoptar el calendario Maya. Y, por si esto fuese poco, me enteré además que en el sistema numérico de esta notable raza, el cual era el vigesimal basado en los 20 dedos de manos y pies y al que relacionaban los períodos astronómicos, usaban de la cifra cero muy antes que los propios europeos y también que éstos valoraban las cifras en relación al lugar que ocupan. Todo esto sin hablar de su otro calendario no menos maravilloso, el Tzolkín o calendario agrícola, según Spinden citado y R. Girard.

Y no menos admirable era el sistema suyo de escribir los acontecimientos por medio de hilos cuyos colores representaban ya un objeto (sí: "blanco" representaba "plata", "amarillo", "oro"), ya una idea ("blanco" representaba "paz", y "rojo", "guerra"). Las fechas eran señaladas por nudos que podían ser combinados a modo de cifras; y por hilos y nudos se figuraban las sucesiones de los reyes, y hasta las leyes y los estatutos. Después advino su notable sistema de jeroglíficos.

Finalmente pasé a recrearme con la cerámica de ellos mismos, grandes tanto en la alfarería del barro como en la obra del oro, el jade y la plata, con su sello de naturalismo y lujuriosidad —no sensualidad, como así se dice de la arquitectura y decoración hindú— que caracterizó a arquitectos y orfebres de aquella grandiosa raza; cerámica que allí mismo puede parangonarse con la actual, sobre todo en la fabricada en Totonicapán que, sin

dejar de ser buena, se ve que ha perdido mucha parte de sus originales atributos.

Ni qué decir que allí pasé una tarde inolvidable, pues además de todo lo que he mencionado y cuya descripción completa me consumiría más tiempo del que podría disponer, hay otra sección donde se exhiben las costumbres actuales de estos indios, pudiéndose ver desde el modo cómo tejen y bordan sus telas de originales dibujos, y el modo de usarlas, hasta los modelos de sus cabañas, con admirable realismo, incluyendo sus oficios y ocios del día: desde hacer máscaras y moler el maíz en sus metates, tocar la marimba o la guitarra; desde labrar calabazas hasta construir sus instrumentos de música: marimbas y violines, arpas, chirimías y tambores, amén del registro de su música típica en discos fonográficos.

Otra de las muchas cosas que ví allí fueron unos carteles llamativos colgando de las paredes, los que sirven para demostrar a todo el mundo, con cifras rotundas, que estos indios chapines están mejor alimentados que los hombres de Europa. Me di cuenta entonces que hasta aquí había tenido la mala suerte de toparme sólo con indios que constituyen la excepción, por desnutridos.

Pero el descubrimiento de todo aquello que mostraba ese museo, me hizo reflexionar. Porque si de tales antepasados descienden estos de ahora, si estos son ramas de tal tronco, ¿cómo pueda haber gente que se extrañe de que ellos también deseen gobernar la República?" Tal ambición no podría ser sino natural, y lo extraordinario o más bien monstruoso fuera lo contrario, o sea que ellos mostrasen indiferencia a eso... Y en presencia de tales hechos, lógicamente se intensificó mi interés por conocer al candidato de estos al parecer hombrecitos, pero que en verdad debían ser de mayor estatura que la visible. Y decidí buscarlo con renovado entusiasmo, aunque de nuevo sin fruto. Pero no nos adelantemos a los acontecimientos.

Llegada, pues, la noche, volví presto al salón de conferencias de la Biblioteca Indígena confiando en que hoy tendría mejor suerte. De intento subí por la escalera que pasa vecina al salón de estudio, observando que a la luz

de sus fluorescentes lámparas seguían allí los grupos de estudiantes (¿o serían otros?) que ví esta mañana. Reanudé mi ascenso hasta el salón de arriba, al que encontré rebosando de público, del colorido público indígena, y la conferencia empezada, aunque ésta no era dada en español sino en una lengua absolutamente desconocida para mí y que sonaba a veces a alemán y casi siempre a chino por ser monosilábica, por lo cual le hallaba alguna semejanza con la lengua de los Mataguaya de la América del Sur que había tenido oportunidad de conocer. Mi decepción, pues, fué grande, sobre todo al ver que el conferencista al hablar se dirigía con sumo respeto y casi reverente a uno de los señores que ocupaban el lugar central del estrado, porque me hacía suponer que uno de ellos debía ser el "hermano mayor", o sea el candidato, pues ¿quién otro podía merecer tan grande deferencia? Pero la cosa era averiguar quién de los dos era él. ¿Acaso el que vestía de calzones negros con adornos dorados, o el otro de pantalones blancos con motivos rojos y uno como calzoncillo negro más encima? Ambos parecían tener la misma edad, humildad y ejemplar seriedad, si bien uno de ellos inspiraba más confianza que el otro. Imposibilitado de adivinarlo por mis propios medios, me incliné al fin y al oído le hice la pregunta al escucha que me quedaba más cerca, el cual, alzándome a ver, sólo dijo:

—¿Quién sabe?

Vacilé antes de dirigirme al segundo, el que, por el contrario, resultó un poco más explícito.

—L'idioma e nosotros es el mam, no es la castilla —me contestó, volviendo de nuevo su atención al conferencista. Me pareció sin embargo que con menos palabras pudo haber satisfecho, de haber querido, el objeto de mi pregunta. Empezaba a creer que ellos querían guardar, por razones que no alcanzaba, el secreto; y de ésto acabé de convencerme cuando al preguntarle a un tercero la misma cosa, éste ni siquiera se dió por enterado, con todo y haberselo preguntado dos veces. No cabía ya duda que la única solución era entender las palabras del conferencista de cuya boca fluían de modo intermitente y a

pequeños saltos, como carrera de obstáculos tomada a cámara lenta. Pero ¿qué podía yo hacer? Un intérprete fuera lo indicado, pero ¿cómo y dónde hallarlo en este momento? Me acordé entonces de mi amigo Gutiérrez, y pensé que él podría proporcionarme uno. Y sin perder más tiempo bajé de dos en dos los escalones, y luego un taxi me condujo al restaurante Ensueño.

Allí lo encontré, bebiendo por sí y por muchos más, en compañía del par de parásitos de la otra noche, quienes se levantaron al no más verme, como obedeciendo a consigna, y se fueron pegándose a las paredes. Mi amigo me recibió con su humor de siempre, brillante y contagioso, que hacía contraste con la opalescencia de las luces de su reservado.

—Le estoy esperando, ingeniero —me gritó—. Aquí está su lugar y aquí su vaso. V'a probar usted mi whisky chipén... ¿Cómo?

—Le agradezco, pero quedará para otra ocasión. Ahora vengo en negocio urgente. Necesito a cualquier precio un intérprete que me traduzca la lengua de los indios, y he pensado que usted...

—¿Pa qué diablo quiere eso? —me interrumpió—. En Poptún los indio hablan español.

—Escúcheme. No quiero perder tiempo y el taxi me espera fuera. En la Biblioteca Indígena se está efectuando una conferencia en dialectos y yo necesito saber qué es lo que dicen. ¿Quiere usted?...

—¿Pero usted habla en serio?— me interrumpió otra vez, mirándome profundamente.

—No lo dude. Deseo saber quién es Miguel Xirúm Ij.

—¡Hombre! Si ese es er caudiyó de los bárbaro que hasen noche en cama reonda. ¿Tié usted argo que vé con ese mandarín?

—¿Lo conoce usted?— le pregunté esperanzado.

—¡Fo! Ese honor no me hase farta, ¡por Santiago!, que ni pelos tiene aparte lo de la cabeza. Y sus galima-tía sepa usted que aquí nadie las entiende o las quiere entendé, que es igual, a no ser eyos mismo, que hasta lo

dudo. Mejó cansele a su "auto y qued'usté conmigo a la última copa.

—Pero...

—Peros no valen. Déme usté este último plaser...

Y no puede menos que hacer como me pedía, ya que no tenía a quien otro acudir. Luego de cancelar el taxi me senté a su mesa con sentimiento de fracasado, que al notarlo él, exclamó:

—¡Ea! ¡Vamo a alegrarnos! ¡Lo pasao, pasao! Pa vir bien hay que poner buena cara.

—Sí. Ya veo que este es el modo como usted cumple sus promesas de servir. Sepa que no volveré a molestarle.

—¡Por favor, mi amigo, no se amostase! Esta e su despedida y tar ves ya no le vuerva a ver má entre los vivo. Déjeme usté ofreserle er mejó de los whisky: er que yo fabrico.

Destapó una botella y llenó ambos vasos. Pero yo me estaba riendo con todas mis ganas, olvidando mi contrariedad, pues acababa de comprender que él me había retenido por seguir creyendo que yo saldría al día siguiente. Y por eso he aquí que hasta me despedía de por vida.

—Querido amigo —le dije al fin, respondiendo a su mirada inquisidora—, si ya no me voy mañana: me quedaré aquí por toda la semana.

—¡Vaya hombre! Creí que se reía de mi whisky. Es ecsquisito, pruébelo usté... ¡Amigo, enhorabuena se ha quedao! Y los indios se privarán de un buen bocado. Pero ¿cómo no me lo dijo antes? Mañana le buscaré su inqúrprete, si toavía lo quiere.

ro , —Seguro que lo quiero. ¿A qué horas lo tendrá listér?

—Véngase usté a las dié. Pero ¡tómese er vaso!... ¿Le gustó? ¡Es un whisky español!...

Diciembre 10  
Domingo  
Hora: 9.15

Hoy me he levantado más que temprano debido a mi impaciencia por recibir a mi ansiado intérprete. Seguro estoy que ahora estos indios no se reirán más de mí, pues hablen como quieran yo voy a saber lo que digan y a conocer también su caudillo.

Me doy cuenta que estoy bastante alegre, y como saboreando anticipadamente el éxito de esta empresa que por más de 24 horas ha monopolizado todas mis actividades; alegría comparable a la del general en campaña que después de haber preparado a conciencia hasta el mínimo detalle de su plan de ataque, sabiéndose además en posición estratégicamente superior, siente asegurada la victoria y la saborea desde ahora; o como la que experimentase el zorro o el lobo, o cualquier animal cazador, al ver la presa acorralada y sin medios de defensa ni de fuga. Me parece verlos relamarse de contento y mover la cola, mientras afluyen al estómago todos los jugos gástricos altamente concentrados, ávidos de digerir...

Hora: 15.00

¿Tendré que acabar por creermé de poca suerte? Y yo que siempre me he creído afortunado; mas reconozco que desde que vine acá parece haberse eclipsado una buena parte de mi buena estrella, aunque, por otra parte, logré documentarme mejor sobre la conducta de los nativos.

Resultó que, como a la hora en que salí del hotel aún faltaban 25 minutos para la hora convenida, fuí primero a la Biblioteca a echar un vistazo, encontrando que los indios estaban nuevamente reuniéndose en el salón principal. Era seguro que allí iba a presentarse un nue-

vo acto, y me apresuré a ir en busca de mi amigo al cual hallé devorando con envidiable apetito una soberbia torta de huevos y jamón rociada, o, mejor, anegada de whiskey, para poderse decir que en España hay de todo, "como en una botica", y al verme, dijome reposadamente, ofreciéndome la noble cortesía campera:

A la pas de Díó. A buena hora llega. Siéntese usted y pidamos otra torta.

—No, gracias —le dije—; yo estoy satisfecho.

—Pues aguántese un poquito, que "Samora no se ganó en una hora".

—Aunque le digo que no voy a atrasarlo mucho.

Yo seguí de pie, y le dije:

—Se diría que usted trasnochó otra vez.

—Creo que sí. Doña bebida no sabe de reló, Y a propósito, ¿le sirvo su vaso?

—No, para mí es muy temprano todavía.

—Pues he de escanciarlo yo solo. ¡A su salud! —y apuró el suyo.

—Provecho. —Y agregué con cierta zozobra: —Y ¿qué pasará con el intérprete que no ha llegado?

—¿Yegado? ¡Imposible! Tenemos qu'irlo a buscá.

—Entendí que lo tendría listo para esta hora de las diez.

—Usted hasía farta. Ahora iremo junto a su casa. ¡Lástima de usted que no quiera probá ná! Tendré que apurar solito este otro vaso. ¡Salú!

—A ver cuándo termina, que estoy algo impaciente.

—¿Argo? Querrá desí demasiao. Pero —añadió levantándose—, ya estoy a su disposicion. Caminemos.

—Mejor fuéramos en un taxi. Asi llegamos más pronto.

—Mi barriga, amigo Johnson, sólo se merma caminando. De tóos modos no andaremo mucho: su casa está a la vuerta de la esquina, como suele desirse. ¡O me sigue o paso adelante!

—Pase usted.

—Mucha grasía. Pero déjeme usted caminá a la oriya del andén, porque si encontramos otro barrigón podré evi-

tá ser prensado, bajándome a la caye... Su intérprete, quiero desí la zeñora que vamos a ver, es una inteligente y...

—¿Señora? —le pregunté sorprendido, pues no entraba en mis cálculos andar con tamaña clase de intérprete—. ¿No es, pues, masculino?

—Usté dispense, había orvidado desírselo. Es que no conosco otro. Pero no tenga miedo. Es una zeñora, María se yama, como no hay dos. Su padre era un paisano mío que conosí en España cuando era sortero, y vivía. Eya lleva en sus vena la alegría andalusa y la cautela de las guatemaltecas, como se dise ahora. Y asimismo domina la Baber de los indio como eya sola. No sé cómo ha hecho, pero ahí va a conoserla. Eya sí le asepta andar en coche, como no tiene barriga qué perdé... Y mire que a usté nó le sarga arguna, pos, aparte su feardá, resurta fastidioso estar enviando ar sastre a cada rato los pantalone pa su ajustamiento, porque en uno tó se estira, hasta la consiensia, menos la ropa, que más tiende a encogerse y a apretá má. Aunque el estiramiento de aquélla, es desí, de la consiensia, es má aparente que real, y siempre acaba en uno por remorderle de argún modo, y en razón directa a lo estirao, pues sus diente, lejos de gastarse con los años o mejó con el uso, se le agusan má, no sé cómo hase...

Habló durante mucho rato, pasando de un tema a otro en cuanto aparecía alguna sombra de conexión entre ellos, como si su interés fuese el tenerme la mente apartada de aquella marcha que se iba haciendo eterna. Pero en un momento de respiro yo le dije que mis pies, en vez de aguzárseme como los dientes de la conciencia de que había hablado, se me gastaban o cansaban más entre más caminaba.

—Pues con los pies pasa lo mismo —fué su pronta respuesta—, a condición de orvidá que se camina. Mire usté los árbole como escaleras al sielo, er canto de las avesiya como mensajeros divinos, las floresiya der campo como estreyitas de buena suerte, y verá usté que se yega sin sentir. Así hasen los gitano, que viven cantando con las sigarras, sin importaes er futuro que, como

no es de eyos, que no hay pa qué preocuparse de lo que es ajeno...

—Filosofía aparte —volví a interrumpirle en otro momento de respiro—, ya van 18 cuadras caminadas y, por lo que sé de usted, no me sorprendería que faltase otro tanto.

—Admitido lo de las 18 cuadra, pero no el otro tanto, porque ya yegamo. Es esa der número 79, Toque usté er timbre de su cansela. Pero no se me quede atrás, que eya no es india pa comer crudo.

—Si me voy quedando es por el cansancio que empieza a dominarme —le expliqué, refiriéndole a continuación que antes de encontrármelo ya había yo caminado 15 cuadras en ida y vuelta a la Biblioteca.

Al timbrazo apareció una sirvienta india que nos invitó con su laconismo clásico:

—Pasen. Siéntense. Voy a avisar.

La señora María Rubio resultó ser más joven de lo que esperaba: apenas veinticuatreña. De estatura correcta y cuerpo airoso, tiene un porte de distinción que la hace activa, sin ser arrogante, orgullosa, sin soberbia. La cabellera ondulosa echada sobre sus hombros redondos y morenos, enmarcaban unos ojos oscuros y brillantes y una tez tan sutilmente pintada que no podía decirse si el sonrosado de sus mejillas se debía al cosmético o era natural. Entró con paso gallardo y sonriente, mostrando en su boca unos dientes de pulido marfil. En una palabra, podía tomársela como amiga personal, pero no como empleada o subordinada.

Sentados ya, miré al señor Gutiérrez. Con las manos descansando sobre la curva de su apacible barriga, se columpiaba fresco en su mecedora de mimbre. Y no pude menos de admirar su valor que rayaba en osadía al haber pensado hacer de tan joven y respetable dama la simple intérprete de un desconocido. ¡Valor tenía! Y la negativa suya, con la consiguiente vergüenza, la daba por descontada. Aún era tiempo, y, en un esfuerzo por evitarme tal bochorno le hice a él señas por lo bajo, pidiéndole que desistiera de su misión y no dijera nada, que ya encontraríamos intérprete en otra parte.

Pero mi amigo, creí entonces, entendió mi señales al revés, tomándolas como signo de apuro para urgirle a hablar; y así, más que de prisa, dijo:

—Zeñora, mi grande amigo er ingeniero Johnson, por rasones que aún no he arcansado a comprender, me pidió le indicase quién pudiera prestarle er servicio de traducirle los discursos que los indio están sorteando en sus confusas germanías. Yo me acordé de usted, por ser la única persona que conosco, después de Dió, que sabe entendé sus jerigonsas y toás las cosas vedadas a los demás mortales. Y a ésto hemo venido, si no tié usted argún inconveniente.

—Gracias por el cumplido, don Tono, dijo ella, preguntando a su vez con voz bien timbrada: —Pero ¿debo entender que el caballero me necesita como intérprete?

—En el caso, señora —dije yo, sintiendo llegado el desastre—, que no venga a serle molesto, porque...

—Nada de eso, caballero —interrumpió generosa, sorprendiéndome favorablemente. No será molestia, ni debe creerse que a las guatemaltenses, que tan buenas cristianas han sido, les falte cortesía, siendo ésta como es el sello de toda verdadera cultura. Y si a esto agregara que hasta hace poco pertencí a la asociación de muchachas guías (Girl Scouts), y que es usted tan buen amigo de don Tono, que es muy amigo mío, va viendo entonces si no estaré tres veces obligada. ¿Cuándo me necesita?

Antes que yo pudiese responder, ya mi amigo decía:

—Ahorita mismo, en la Biblioteca Indígena, supongo. ¿Verdá amigo Johnson?

—Si la señora no tiene inconveniente —volví a decir, sin acabar de salir de mi sorpresa.

—Muy bien —aceptó ella—. Entonces voy a arreglar-me un poco. Les ruego excusarme un momento. Ahorita vuelvo.

Y salió con paso firme.

Así que quedamos solos, me dijo riendo mi amigo:

—¡Vamo, don Jorge! Lo vi a usted con intension de queré arrepentirse, ¿Tenía miedo?

—¡Ah!, ¿con qué había comprendido mis señas? ¿No era, pues, inocente?

—No se me amostase. Mire usted ¡qué bien salió! Y lo esperaba yo.

Tiene esa una carita de buena que se mete hasta el arma. Y yámese usted dichoso de yevar por intérprete a tar dama: gracia y talento en esa misma que quita el hipo al mismo rey... ¡Olé señora! ¡Si es un clavé sevillano traído en tiesto de prata!...

(Se dirigía a ella misma que entraba vestida de india con larga falda y vistoso huipil, los cabellos en trenzas con listones, y lavado el rostro porque la india legítima no usa cosméticos, exceptuando la vaselina para el cabello). Y él seguía diciendo:

—Viene usted hecha una maraviya, señora, má chálá que nunca, aunque en verdá siempre la misma, ¡Jósú!

—¡Ah, señor andaluz, ya sé cómo las gasta usted. ¡Si yo me pasase a creer sus cobas!... Señor ingeniero, estoy a su disposición.

—Gracias, señora. Su amabilidad me confunde.

—No hay por qué. Soy como los andaluces: hacemos el favor y damos encima las gracias. ¿Verdad, don Tono?

—Es verdá, pero la gracia que usted dá no pué darlas nadie más en la tierra.

—¡Señor andaluz!

Levantándose ágilmente de la silla, contestó él:

—Pa servirla a usted, señora.

Yo tercié, dirigiéndome a él:

—¿Se viene usted con nosotros?

—¿Es a pie? —preguntó.

—No. En taxi.

—Pues ustedé tendrei qu'ir solos. Yo me he d'ir caminando. Le deseo buena suerte. Hasta la vuelta, encantadora señora. Pronto espero volvé a verla.

—Cuando guste, don Tono.

Con profunda inclinación se despidió y salió. Y después de haberse puesto ella en la cabeza un pañuelo de seda azul que, me explicó, es el distintivo de la institu-

ción de las muchachas guías, tomamos el taxi que nos condujo en pocos minutos a la Biblioteca del cuento, minutos que empleé en explicarle lo que yo deseaba de ella.

Cuando hubimos llegado me pidió que la dejase ir sola y me quedara yo afuera, para no llamar mucho la atención. Así lo hice.

Dentro del carro me quedé contando los minutos, seguro de que al fin iba a conocer al Reformador. ¡Cuánto me había costado!, y, sin embargo, ¡qué fácil, qué fácil iba a ser! Al darse ella cuenta que él estaba allí, y determinarlo bien, me vendría a avisar, y yo entonces acudiría a verlo. ¡Muy sencillo! Ya hasta temor tenía ver a tal personaje realmente reformado: gordo, calvo, vestido de chaleco, y llevando zapatos lustrosos y sombrero de fieltro, y, además, anteojos no de carey, sino de oro, porque mi deseo era más verlo igual a sus hermanos. Lo prefería, pues, y sigo prefiriéndolo medio descalzo, medio vestido, medio orgulloso, y sin medio.

Pero, ¡oh! decepción la mía, cuando la vi volver poco después moviendo la cabeza de un lado a otro, como si contra aquellos huidizos no valiesen ni intérpretes! Ya a mi lado, me contó que el señor no estaba allí, y que ahora no se había tratado de discursos, sino de elegir y dar instrucciones —éstas fueron dadas en español— a los que deberán llevar la representación oficial de su partido a las distintas mesas electorales de la capital. Y pues no había más que hacer, salimos de regreso.

Fué al bajar en su casa, en donde me dijo que pasara adelante, cuando pensé que en compensación de aquel fracaso podía recabar de ella los datos que me hacían falta para el mejor reconocimiento de estos indios conociendo que me sería de utilidad no sólo por la importancia histórica que ellos readquirían ahora, sino también en lo privado, toda vez que en Poptún tengo entendido que ellos mismos habrán de ser mis propios obreros. Por eso acepté su invitación de entrar y sentarme, no obstante lo avanzado de la hora —12.25—, diciéndole entonces:

—Señora, le ruego acepte mi hondo agradecimiento por esta su generosa complacencia, tanto más que yo aún

soy para usted poco menos que desconocido, y sin embargo...

Ella me interrumpió:

—Mi norma ha sido creer caballeros a todos mientras no me demuestren lo contrario —dijo—. Porque no debe ser “piensa mal y acertarás”, como desgraciadamente muchos de los nuestros, si no todos, han practicado siempre; sino que debe ser: “Honni soit qui mal y pense”, malhaya quien mal piense, aunque, en nuestro medio, tal vez yo esté equivocada al tomarlo de esta última manera. Por esto no podía serme usted tan desconocido como dice, ya que lo sabía caballero. Y si en algo más puedo servirle, lo haré con gusto.

—Gracias, señora. No esperaba tanta bondad que me hace decir: ¡Qué buenas son las chapinas! Y pues que usted me alienta, voy a rogarle me dé más amplios informes sobre las costumbres de estos indios, ya que he de trabajar en contacto con ellos y no me gustaría ignorar lo que me fuese de provecho. Mas, y aunque no hubiese tal razón, me parece que de sobra será siempre útil conocerlos a fondo, dado que, como se lee en la “Guía de turismo”, éstos pueden ser tomados como una viva alegoría del país, lo que a mi juicio significa que sin ellos éste no sería Guatemala.

—Usted, tal vez sin querer, ha dicho una gran verdad —dijo, riendo inteligente—: sin los indios no sería Guatemala, porque sería Guatebuena. —Y en serio agregó—: Con gusto satisfaré sus desos, ya que tiene doble razón para estar interesado. Pero permítame que cierre antes esta puerta de adentro, pues podría oírnos la sirvienta, que es india.

Luego de cerrarla, se sentó otra vez y empezó:

—Para conocerlos a fondo, como usted dice, le recomiendo, en primer lugar que lea el “Popol Vuh”, que pese a su variedad confusiónante de interpretaciones de que lo han hecho objeto, es lo único escrito que se conserva sobre el origen de los mismos. Le advierto que no lo va a comprender bien, porque eso no es posible para nadie; pero se dará cuenta que es un bello libro —y al decir así, no trataba de disimular su orgullo—, pues ha merecido

hasta el nombre de Biblia precolombina de América. Con decirle que es la única en el mundo de este género. La puede encontrar en cualquier librería o en las bibliotecas públicas.

—Perdone que la interrumpa —yo insistí—, pero ¿de veras es por ellos que se llama Guatemala este país, y no Guatebuena?

Yo bromeaba. La verdadera procedencia del nombre de Guatemala o Goathemala dicen que es Coactemalán, que significa Palo de Leche, pero también en esto hay variedad de interpretaciones. Pues bien —continuó—, estos indios, que constituyen las tres cuartas partes de la población total del país...

—Dispense otra vez, pero yo sabía que eran dos tercios de indios por uno de ladinos.

—Antes así era —me explicó—, pero el último censo, al dar al país un total de siete millones de habitantes, se vió que la proporción es de tres cuartos de indios por un cuarto de ladinos, pese a la alta mortalidad entre los primeros, porque esta desventaja la pudieron compensar, y con creces, con su elevado índice de natalidad, pues fueron siempre tan prolíficos como nadie, además de que algunas leyes de previsión social aceptadas por ellos a la fuerza, ha prolongado la existencia a los adultos, al extremo que su promedio de vida es ya de 50 años.

—¿Cincuenta años? —le volví a interrumpir—. Apenas significa la mitad del promedio nuestro.

—Sin embargo, —repuso— están hoy mejorados, pues cuando nuestro promedio era de 70 años, el de ellos era de 30. Y suerte para todos que no han llegado a alcanzarnos, porque ya nos habrían aniquilado, pues debajo de sus irisados matices llevan un alma negra o, cuando mejor, parda, como va usted a verlo; aunque ellos mismos se afanaron siempre por no durar tanto como nosotros debido a su preferencia en “curarse” con sus brujos cuando se enferman, a los que además atribuyen la misión de hacer maleficios y la facultad de transformarse en buhos o tecolotes, que es para ellos el ave símbolo de la muerte, pero cuya mortalidad, como le dije, la compensan con su asombrosa cifra de nacimientos. Todo esto hizo que ellos au-

mentaran en masa, al tiempo que los ladinos, por su parte, se quedaban atrasados por seguir y practicar las doctrinas de Malthus, amén del uso y abuso de abortivos dados por médicos y cirujanos charlatanes, negándose a tener hijos no obstante el estímulo que las últimas administraciones trataron de dar a la procreación ladina por medio de premios especiales. Para las madres que tuvieran más de cinco, con el objeto precisamente de reducir tal desproporción, pero al que no atendieron por desear todas tener los menos obstáculos posibles para el libre disfrute de los goces que da esta vida; y como a las indias no les importa esta ni ninguna clase de obstáculos, porque ellas ni sienten el deseo de aquellos goces, la desproporción continuó en aumento.

—¿Pero es posible —le pregunté escéptico— que no sientan ellos el deseo de esos goces?

—Positivo; que si los tuvieran a la mano, no sabrían qué hacer con ellos. Con decirle que ignoran el uso de las sillas y mesas, y hasta de las camas, y no hablar de cuchillos y tenedores, que no usan ni siquiera palillos como los chinos, tomando su comida con los meros dedos y sentadas en el suelo. Figúrese que a los 12 años, cuando todas aún jugamos con muñecas, ellas lo hacen también pero con niños de verdad porque a esa edad ya tienen marido, como las hindúes, si bien las de aquí carecen de códigos en qué basar tal conducta. Más bien lo hacen sin saber ni por qué. Usan las faldas largas para darse aspecto de mayores, y, en los casos en que la usan corta, como las de Chichicastenango, es tan corta que ya ellas resultan provocativas: así son de extremistas. Cuando salen juntos marido y mujer, usted nunca ve a éstas al lado de aquél, sino detrás como en recua, y llevando los ojos bajos, como residuo de la antigua costumbre, olvidada ya, de no mirar la cara a otros hombres en los días en que sus cuerpos eran prácticamente intocables por éstos. Digo olvidada porque ahora han ido tratando de salir de sus arcaicos patrones y de modernizarse incluso en el corte de sus vestidos, hasta venir a pasar a veces por ladinas. Por eso tienen razón los que dicen que los ladinos seguramente somos menos de la cuarta de la pobla-

ción, porque en esta fracción han contado como tales a muchos de aquellos que no lo son.

—Y cuando visten iguales, ¿cómo se distingue el uno del otro?

—Según el grado cultural y calidad espiritual que presenten, y el obligado séquito de nobles sentimientos: altruismo, sin el cual no puede haber verdadera sociedad; franqueza, para la comprensión mutua; y lealtad, sed de sabiduría y de evolución, y recto aprovechamiento y uso del progreso y demás comodidades que nos ofrece la civilización actual. De esta clase de sentimientos carecen los indios.

—A mí me parece —volví a interrumpirla— que esas faltas son características de todo “pobre de espíritu”, o sea de todo ignorante, aunque racialmente no sea indio.

Como si ya esperara tal objeción, contestó al punto:

—Sí, pero todo ignorante, al saber que lo es, no quiere seguirlo siendo, cuando no es indio; al que es indio, en cambio, nada le importa serlo por toda la vida.

“Pues bien —prosiguió—, esta masa de indios que, como usted dijo, llama la atención por sus típicos y conservadores usos y costumbres, son de tradición rebelde a toda innovación, semejante en esto a los gitanos, o mejor, a las mazorcas, que siempre dan sus maíces del mismo modo y siempre en número impar, sabiendo despertar a veces en los que no los conocen, hasta simpatías por el aspecto sufrido que enseñan y un su carácter medio orgulloso como si fuesen hijos del sol y no del maíz, como ellos han dado en decir, y que de ser esto verdad tendría que ser del maíz picado; pues me adelanto a advertirle que no debe dar fe a ese aspecto exterior, que la verdad es muy otra, pudiéndose decir, exagerando apenas, que son fieras con apariencia humana.

—¡Es increíble! —comenté.

—En efecto, sólo nosotros podemos saber la verdad de lo que decimos, porque vivimos entre ellos y hemos sido siempre el blanco de sus odios. Un día usted se va a convencer de que si son tolerables a los ojos, son en cambio ofensivos a la nariz, moral y materialmente. A veces me pongo a pensar que quizá en castigo a su maldad es

que son tan chicos y flacos de cuerpo, cuando debieran ser musculosos y desarrollando el pecho por vivir los más de ellos en tierras altas. Pero esa es la verdad: son muy malos. Y usted los ve bajar de los altiplanos en donde tienen sus bohíos, y caminar en maratónicos jornales lo mismo un kilómetro que ciento, en planos como en altibajos, así en veredas y a través de breñales y chiriviscos como en carreteras, llevando sus pesadas, voluminosas y multiformes cargas, simulando zompopos, de arriba abajo y de abajo arriba, sudorosos y golpeándose las piernas con ramas de chichicaste cuando empiezan a sentir cansancio, para que el escozor los impulse a seguir adelante, y usted, viendo todo eso, dice: ¡Cuán laboriosos son!... Pero, lo mismo que las otras, éstas son también apariencias; y tales maratones no tienen otro objeto que el de obtener monedas con las cuales procurarse no la ropa, ni siquiera el alimento, sino el aguardiente que beben a cantaradas, y al cual hasta mezclan, a veces con éter y alcanfor, como para probar que también les falta el juicio. (Y se echó a reír).

“En tiempos pasados, pero no crea que muy lejanos, siendo aún analfabetos en el absoluto sentido del vocablo; cuando entre ellos habían muchos todavía que se negaban a dar a uno sus verdaderos nombres por temor de ser dominados mágicamente por el otro, según el primitivo modo de pensar indígena (R. Girard), podía vérselos a menudo organizados en grupos o en cuadrillas de asalto y llevar a cabo levantamientos criminales para arrasar de sorpresa a fincas y hasta pueblos enteros de ladinos, y huyendo después a las montañas para esquivar el castigo. Y la lista de tales asaltos es interminable, así como la de las poblaciones asaltadas, empezando con pueblecitos como Patzicía hasta terminar recientemente con una de las ciudades grandes de occidente. Y juzgue usted que estos mismos eran los empleados en la explotación de aquellas mismas fincas y haciendas, porque se carecía de otra clase de brazos; empleados que trabajan con tanta lentitud y desengaño que era como un continuo y crónico sabotaje a las mismas empresas que daban a ellos la vida, necesitándose cinco de estos “trabajadores” para la labor que en otras partes no se requiere más que uno. Y

cuando ya habían ganado para los tragos del domingo, ya no hacían ni esto, sin importarles nada que la finca se echase a perder, como si ellos mismos no viviesen de ellas. Y ¡claro!, a ellos no les importaba porque no sólo honradamente podían ganar, si bien, por la razón antes indicada, nunca era honrado su trabajo.

“Sin embargo, incapaces de dirigirse ellos mismos por carecer de iniciativa, debían ser siempre seguidores de líderes que no era sino ladinos y de ocasión, o para fines políticos. Pero no vaya a creer que lo seguían por razón de satisfacer ideales o por cualquiera otra siquiera excusable, sino por interés rastrero y, por eso, hipócritamente, mudando de líderes en el momento en que creían no haber alcanzado con el primero las ganancias que esperaban, pues por ser tan haraganes —su extremado conservatismo, ¿no es acaso una prueba de ello?— les gustaba creer en promesas de propaganda electoral —cuando todos sabemos que entre nosotros éstas jamás se han cumplido—, confiando en alcanzar buenas pitanzas con poco esfuerzo pero olvidando toda memoria de ellas si lograban alguna, para no agradecerlo, o pagando mal por bien que era lo frecuente. En este mismo deseo de ganar fácil obligan siempre a sus mujeres a que lleven la parte más pesada de las cargas, debiendo ellas además cargar con el peso de sus propios hijos que, como si fuesen ellas marsupiales, no se los despegan nunca del cuerpo, sólo que en lugar de tener la bolsa en el vientre la tienen en la espalda. Pero, como buenos maridos y buenos padres de familia, comparten el fruto de la venta, que como dije, es el aguardiente, con la mujer y los críos, emborrachándose todos para volver a empezar el ciclo al agotarse la botella, en un eterno recomenzar, mientras viven. Mujeres que son tratadas del mismo modo, sean feas o bonitas, porque sus maridos son insensibles al sentimiento estético tal como nosotros lo entendemos; como también da lo mismo, desde el punto de vista de ellas, que su indio fuese un simple indio o un Tata-Nol o cacique. Pero en cambio, tienen todos los vicios, y de modo tan arraigado que pareciera que les son innatos, exceptuando el del juego, porque no tienen nada qué jugar, pero sin salirse del cua-

dro clásico de los tahures: tramposos, felones, mentirosos, desconsiderados, agazapados, tracistas, amén de dipsómanos y rateros, y, en fin, sucios del alma tanto como del cuerpo al que sólo suelen bañar en sus propios sudores metido todo entero en sus hornazas que llaman tamascascales, a los que acuden por vía de remedio al enfermarse, o cuando la mujer está de parto y no puede desocuparse, para sacar en este caso a los dos: madre e hijo, y llevarlos juntos a la fosa más cercana, pues tales baños, que originalmente eran de vapor que preparaban echando agua dentro del horno previamente calentado, lo hacen ahora asfixiante por echar el agua sobre las mismas brasas depositadas dentro, y que de no salir en seguida obtienen dicho resultado. Y aunque ellos mismos suelen temblar ante la idea de la muerte o del dolor, llorando como niños al sufrir cualquier accidente, no sienten, en cambio, mucha pena porque un pariente se les adelante en esa vía sin retorno, salvo por los gastos que suele ocasionar el velorio, que es otra oportunidad para beber y bailar, y el debido al entierro, cuando lo entierran, pues a veces se limitan a dar parte de la defunción a las autoridades locales, y si éstas lo entierran, bueno, y si no, también, que en bebiendo los deudos no hace falta nada. Lo gracioso del cuento —agregó sonriendo— es que en ciertos casos dejaban en la caja, al lado del muerto, las herramientas de trabajo que le habían pertenecido hasta ahora —las que siempre eran pocas, por suerte, que sino resultara un poquito pesado el ataúd—, negándose a considerar que si en vida apenas trabajó, ¿qué después?...”

Yo la interrumpí:

—Ciertamente que eso de enterrarlos con sus herramientas fué costumbre también de muchas razas del viejo mundo y, en fin, de todos los pueblos primitivos al llegar a la fase de adoración al sol, que es la de la agricultura.

—Sí, —contestó con gracia—, pero aquéllos al menos trabajaban en ésta, y por ello bien podía creerse que siguieran trabajando en el más allá. Pero éstos...

Hizo un gesto despectivo y prosiguió:

—Con lo dicho puede usted ver que además de ser ellos una amenaza real y constante para todos los ladinos, por su lado agresivo, eran a la vez rémora para el país entero por su expresa haraganería, la que era tanta que preferían descansar en el polvo antes que hacerse siquiera una hamaca, como se la hacen los nativos de otras partes. De aquí que en muchos casos, cuando un líder ganaba con el concurso de ellos, se veía en seguida obligado a librar-se de los mismos en su propia defensa, ya que resultaban ser como alacranes dentro de la camisa, lo cual, dicho sea de paso, servía a ellos de pretexto para odiarnos más. Pero ¿qué otra cosa se podía hacer? El derecho de defensa es inalienable. Y la consecuencia fué el círculo vicioso que se formó y siguió ampliándose en el tiempo y en el espacio, en el cual su odio hacia nosotros aumentaba nuestra desconfianza, y ésta hacia ellos aumentaba aquél.

“Con todo, estos hominiccacos (volvió a reírse) eran, a su modo: una vela a Dios y otra al diablo; un pie en la biblia cristiana y otro en la biblia Quiché, para adorar como siguen siéndolo hoy, ciegos creyentes católicos, pero también a sus primitivos dioses (Aguilix, Jacavitz y Tojil), principalmente en las colinas que circundan a Chichicastenango y Momostenango, así como en sus mismas casas, en cuyos patios tienen enterrados los ídolos. Y así, después de quemar pom o copal de brujo, que es una especie de incienso, en los “quemaderos” de esas montañas, vienen a la iglesia a rezarle a una de las once mil vírgenes que, entre paréntesis, con frecuencia resulta ser ésta la menos venerada o conocida por los civilizados, como si su objeto fuera distinguirse de éstos, hasta prestarle adoración al mismo Judas Iscariote, e inventar, por último, una de uso exclusivo que llaman la Virgen de la Taza o de la Tacita y patrona de sus maizales. Y, a juzgar por su fe, cualquiera piensa que son buena gente, que saben al menos considerar al prójimo. Sin embargo, y precisamente debido a esta misma fe, son capaces de machetear al cristiano que en las ciudades y pueblos del interior se atreva a contrariarles sus programas de Semana Santa en los cuales representan la vida de Jesús, pero sin

poder ellos decir quién era Jesús, porque hasta eso ignoran. Por todo lo dicho, y tomando en cuenta que son más híbridos que puros, deben llamarse mejor indíños, que indios, aunque se les conoce también con otros nombres, siendo el más común el de "naturales", para querer expresar que son originarios de este país, si bien tal nombre debiera referirse más bien a su origen concepcional, pues como entre ellos casi nunca se casan, todos resultan ser hijos naturales. (Y se rió otra vez).

"Pero volviendo al caso, sí, como le he mostrado, eran tan malos siendo analfabetos, póngase a pensar qué ocurrirá hoy cuando, por conocer las letras, cuentan con medios superiores de hacer daño, pese a que siguen siendo casi homúnculos, pues cuando cronológicamente tienen 15 años de edad, sólo aparentan 10, y cuando al fin cumplen los 20, ya parece que tuvieran 30 si se los juzga por su fisonomía, en tanto físicamente siguen aparentando 10. Le decía, pues, que ahora, porque conocen letras, resultan peores que antes, cuando se creía que no podían ser peores. Quien empezó a instruirlos fué el gobierno de 1945, o sea el primero que los tomó en cuenta para mejorarlos. Hasta entonces nadie se había preocupado por tales descamisados, cuyas tres cuartas partes venían a ser intelectualmente inferiores al simio, pues ni siquiera conservan el sentido de imitación, o sea el de plagiar los buenos usos del civilizado; más bien se aferraban a sus primitivos modales con la desesperación con que sus parásitos se fijaban a sus entrañas, y que por su conducta agresiva, que dejo dicho, más parecía que su intención era la de conquistarnos a nosotros mismos. Pero aquel gobernante luchó por hacerlos gente. Y a tal fin multiplicó las escuelas, creó el Instituto Indigenista Nacional, engrandeció la Universidad Popular, les mejoró los salarios y fomentó el establecimiento de bibliotecas en los pueblos que no las tenían, y hasta envió misiones culturales a provincias y villorrios, todo en afán de hacer luz en esos cerebros que vivían en noche eterna, no tanto por su ignorancia, cuanto por sus pravos instintos.

"Y con ser en favor de ellos, sin embargo, opusieron toda la resistencia de que fueron capaces, pues su tenden-

cia siempre ha sido aprender sólo lo que no es bueno. Pero en las Administraciones siguientes, en las que se creó una institución especial: el Instituto de Educación Indígena, con personal extranjero, se perfeccionaron los métodos hasta lograr despertar en aquéllos el interés de cambiar, es decir, de mejorar, a los que ahora se les dió además esa rica biblioteca que usted ya conoce, para su servicio exclusivo, pues la mayoría de esos libros están escritos en sus lenguas, así como especiales becas universitarias que les facilitaron hacer estudios profesionales, y, finalmente, les dieron hasta empleos oficiales de regular importancia que eran más bien prebendas, todo en afán de hacerlos gente e incompararlos a la civilización. Y ahora que fué conseguido, ¿qué es lo que ganamos? Nada menos que el puñal de Bruto, porque creyéndose sabios —y esto que todavía ninguno ha tenido tiempo de coronar su carrera profesional—, han llegado al colmo de la osadía al querer rivalizar con nosotros en su ambición de gobernar el país, mostrando una vez más su naturaleza de Judas al volver contra nosotros mismos las armas que tontamente les dimos. Este fué el fruto de los ingenuos empeños de estos gobiernos que materialmente se desvivieron por despertar a esa masa y civilizarlos. ¿Qué falta hacía? Por siglos el país había vivido en paz, progresando despacio, es verdad, por el contrapeso que le hacía esta misma masa, pero al fin y al cabo había tranquilidad. Pues si es cierto que los indios trabajaban poco, pero trabajaban, y todos vivíamos resignados: ellos a su suerte y nosotros a la nuestra, aguantándoles sus mil y tantos errores y vicios como males inevitables; como se resignaban nuestros agricultores ante los malos inviernos, y los dueños de automóviles ante nuestras carreteras... Pero ahora es mucho peor: ya son insoportables, como rivales de la peor calaña. Al tiempo que ya no quieren aguantar nada, hasta el último indio quiere ser diputado o quiere ser presidente. ¡Figúrese! Ellos que nunca fueron más que lastre o rémora, quieren hoy ser el motor. ¿Habrás visto?... Si nuestros gobiernos se hubieran preocupado menos por ellos y más por nosotros, el país, si no hubiera adelantado mucho, tampoco habría retrocedido tanto como

lo estamos viendo... Pero no es posible: seguros estamos de que no alcanzarán lo que pretenden, no sólo porque los ladinos se han compactado en torno a un candidato único, sino también porque el actual gobierno nunca cometerá el error de entregarles el mando bajo ningún pretexto y cueste lo que cueste. Que por esas Horcas Caudinas sí que no pasaremos jamás. ¡Figúrese, que viniéramos a quedar todos bajo el poder de ellos! ¿No sería peor que morir?..."

Podía ser, aunque me quedaban algunas dudas. Seguro estaba únicamente de la razón que le asistió de veras para haber cerrado la puerta y no fuese oída por la empleada india; no así de lo demás, en donde, muy a pesar mío, la duda persistía. Pero yo no había venido a discutir, sino a escucharla, si bien en este instante no quede escuchando más que el tic tac del reloj que se ocultaba tras un grueso ramillete de flores en la mesa.

Pero supuse que ella esperaba una respuesta: mi respuesta, y dije entonces:

—Si... Me parece comprender. Después de lo que usted ha dicho, lógico es que traten por todos los medios de alejarlos a ellos del triunfo, pues creo que, en caso contrario, se llegaría al fin del sistema ladino.

Ella pronto repuso:

—¡De todos! El fin de todos los sistemas. Naturalmente —agregó— que el gobierno podría de un plumazo ponerlos fuera de ley; pero el gobernante que tenemos es un poco débil ¿sabe? El piensa que es preferible ir al fracaso con hombres libres que... que cualquiera otra cosa. Pero él no se manda solo, y tendrá que oír la voz del pueblo...

Mis pensamientos habían tomado otro derrotero. Había recordado las palabras del conferencista de la Biblioteca cuando dijo: "Hemos despertado de nuestro largo sueño, y ya no dormiremos más en adelante"; frase que hoy tenía para mí mayores alcances, hasta empezar a regocijarme por haber venido al país en hora tan oportuna y ciertamente sublime, como corresponde al despertar de una raza. El momento era interesante por demás, y me hice la formal promesa de no perdérmelo, como que tales

momentos no se ven todos los días... Y, desde luego, todo esto avivaba mi deseo de adentrarme profundamente en la mentalidad y carácter de aquellos hombrecitos que sin duda mañana serán grandes, si no por el poder del solio, al menos por el que da el estudio, que a fe que vale más. Pero me abstuve de comunicarle a ella mis pensamientos, porque no fuera a decirme que yo soñaba, que tal despertar no tenía nada de sublime y sí mucho de diabólico, lo cual diría no sin razón de su parte.

Y me levanté a despedirme:

—Le quedo hondamente agradecido, bondadosa señora, por la ilustración que me ha dado y que me será de tan valiosa utilidad, asegurándole que buscaré en seguida el libro que usted me ha recomendado leer. Y, otra vez, muchas gracias. Buenas tardes, señora.

—Buenas tardes, caballero.

Eran casi las 14 horas cuando salí. Abstraído en mis reflexiones caminé un gran trecho antes de tomar un taxi. Pensaba que no debía de ser tan infalible el triunfo de los ladinos ni su número era tan insignificante al lado de los otros, si bien es verdad que cuentan con todos los recursos de la nación para imponerse a cualquier evento. Pero, ¿se presentarán eventos? ¿¿Estaremos entonces en vísperas de un zafarrancho? En esto no había pensado. Sin embargo, no parece que los indios tengan armas, y es seguro que no las tienen, que de tenerlas no se mostrarán aquéllos tan confiados en su triunfo. Mas, ¿y si las fueran teniendo?... ¡Diablo!, la cosa cambiaría de color. ¡Cómo me convendría ahora poderme adelantar a los acontecimientos y descubrir en su debido tiempo el momento oportuno de escapar! pero, ¿cómo? ¿Dónde encontrarme un horóscopo?... ¡Si al menos pudiese interrogar a alguno de los grandes del país! Por ejemplo... al presidente de la República... Sí. Y la idea no parece mala, y entre más pienso en ella más buena la encuentro. Pues debo hacerlo, y para mayor seguridad en obtener la audiencia, le solicitaré ésta en nombre de la Compañía, que en vista del propio interés mostrado por este gobierno, deseoso de que no se demore la iniciación de nuestros trabajos aquí, no iba

a extrañar que me fuera concediendo hoy mismo dicha audiencia... No, si hoy es domingo. Tendrá que ser mañana.

Y tomando al fin el taxi, llegué al hotel con muy buen apetito.

Diciembre 11

Lunes.

Hora: 8.45

Anoche la pasé en el *Ciro's*. No era éste mi propósito, pues entré con el solo objeto de tomarme un *jaibol* a que vonvidaba esta sabrosa estación fría, y seguir luego hacia la Biblioteca Indígena en pos del mismo candidato. Pero sucedió que la buena animación que encontré allí, fomentada por un trío de maestros guitarristas, me retuvo, hasta ver entrar y tomar asiento en una mesa vecina a la misma señorita que había visto allí la primera vez, y que ahora parecía sonreírme discretamente. Venía en compañía de otra dama de mayor edad, la que podía ser su hermana.

Movido por la amabilidad que creí me mostraba, me levanté esta vez a saludarla, entregándole mi tarjeta al mismo tiempo que le explicaba que por estar recién llegado carecía de amistades en el país, por lo que, de obtener la suya, me iba a sentir agradecido y honrado. Es un procedimiento por demás muy empleado en todos los países del orbe por donde yo he viajado, y en los que he dejado magníficas amistades nacidas casi todas del azar; por lo que me quedé de una pieza al ver que ambas damas, murmurando: "¡Qué raro!", se miraron sorprendidas y asombradas, como si les hubiese pedido algo así como la bolsa o la vida.

Me di cuenta entonces que había chapinas que no eran como la generosa señora Rubio, o posiblemente éstas no eran chapinas, sino quién sabe de dónde, si eran tan poco receptivas respecto a nuevas amistades. Y antes que la "ofensa" hiciese mayor daño, empecé a excusarme y a despedirme, del todo confundido; pero la de más edad,

notando mi turbación más bien que su propia cortedad, me detuvo con una sonrisa al tiempo que, mirando mi tarjeta otra vez, me decía:

—Está bien, señor ingeniero. Puede tomar asiento con nosotras. Queremos decirle, sí, que aquí no se acostumbra el que un desconocido, sea quien sea, se dirija a una dama, bajo ningún pretexto, si no viene acompañado de una persona conocida. Pero ya que está aquí, y como una concesión especial, lo aceptaremos en nuestra compañía. Yo soy la señora de Peña, y, ella, mi hermanita Elena... Elena Barrios.

En el ínterin, Elena me había vuelto a sonreír, con sonrisa digna de todo un madrigal.

Cancelado así el incidente, tomé asiento frente a ellas, y, mientras tomábamos una crema, me contaron que ellas habían entrado solamente por tomarse un refresco, pues iban de paso para el cine. Yo les hice ver que estaba en situación igual que ellas, pues había entrado también de paso. Sin embargo, creí, y Elena estuvo de acuerdo, que bailar una pieza no sería de mucho atraso para ninguno. Pero esa música lenta de los cancionistas, melancólica como sus guitarras, hizo que a éste siguieran otros bailes, y otras cremas, pese a las protestas de la señora de Peña, que no gustaba de quedarse sola, como la dejábamos, en la mesa, y olvidándonos igualmente tanto del cine como de la Biblioteca. Que, después de todo, ya Xirúm podía esperarse hasta otro día.

Porque Elena, además de su distinción y belleza, es bien contenta y graciosa, tanto, que fácilmente se le disculpaba su pequeña estatura, si bien esta virtud de ser chiquita —virtud por lo cómodo que debe resultar llevarlas en brazos— es común y corriente entre estas mujeres, como ya lo dijo Gutiérrez. Tuve, la sorpresa de oírla decir que ya sabía ella quién era yo, pues el día que fui al Ministerio de Obras Públicas ella también estaba allí de visita, aunque yo no la vi, y allí mismo se había informado acerca de mí. ¿Motivo? Curiosidad, no más que curiosidad femenina; confesándome además que en el primer momento que me vió me había hallado parecido a un amigo que tiene en Londres. Por último —y no sé por qué se

habló de eso—, me dijo también que ella fué recientemente Novia del Café por Guatemala.

Pero mi interés creció de veras cuando supe que era hija del presidente de la Suprema Corte de Justicia, pues creí ver en este nuevo personaje, un sustituto apreciable del presidente de la República, en lo que respecta al asunto de la entrevista, en el caso que no me fuese dable ver a éste. Y cuidadosamente anoté su dirección, ofreciéndole hacerle una visita el martes próximo, que ella aceptó gustosa. Y ya casi a media noche nos despedimos.

Y ahora, antes que se me olvide, voy a solicitar la audiencia.

Hora: 15.00.

La audiencia al presidente la solicité telegráficamente desde el Palacio de Comunicaciones, cuando apenas eran las 9.15. Después, no deseando olvidar al Reformador, volví a la Biblioteca.

Su salón de estudio lo encontré siempre concurrido, aunque sin poder saber si estos que estudiaban ahora eran los mismos de la otra vez, pues no he encontrado aún la clave para poder distinguir entre ellos una cara de otra, como ocurre a veces al tratarse de hermanos de verdad.

Pero el salón de conferencias estaba vacío, y no me fué posible averiguar si ahora iba a haber reunión o no, pues aunque había en él algunos avisos que debían de ser programas de actos futuros, a mí no me servían por estar escritos en sus originales dialectos.

Volví a salir, un poco contrariado, a tiempo que un muchacho que pasaba por la calle repartiendo volantes, ponía uno en mis manos, el cual no trataba de asuntos políticos o electorales, como creía al principio, sino de deportes: era el programa de los juegos olímpicos de esta mañana, siendo el más importante un encuentro internacional de fútbol que daría principio a las diez. Y como ya eran las diez, en un taxi me trasladé al estadio.

Este, con capacidad para cincuenta mil personas, se encuentra dentro de la llamada Villa de los Deportes, la cual se extiende al sudeste de la capital, rodeada de parques y amplias avenidas. Además de dicho estadio, que es el principal, y de las piscinas y pistas de toda clase, contiene esta Villa otro estadio, no menos hermoso que aquél, aunque más pequeño, llamado Estadio Escolar; y en la intersección de ambos es donde se levanta el magnífico Palacio de los Deportes, con su orgulloso bosque de columnas. Más atrás está la arquería de los bellos pabellones de hospedaje para los deportistas de otras partes, y, en el lugar más elevado, el gimnasio. Todo sumamente impresionante, y circundado de tan nítida grama, que esas construcciones parecen islotes blancos en un mar de esmeralda.

El estadio estaba pletórico de gente, pero la asistencia de indios, es decir, de los que se visten típicamente, era tan escasa que bien podía contarse con los dedos; y a los que interrogué entre ellos no supieron o no quisieron darme razón sobre el paradero de Xirúm.

En seguida dió principio el que pudo haber sido un encuentro emocionante de verdad, pues ambos contendores, siquiera al comienzo, dieron muestras de técnica tan excelente como insospechada. Como verdaderos maestros, en el primer tiempo se limitaron a conocerse y estudiarse mutuamente para adoptar estrategias apropiadas, aunque a veces los locales se lanzaban a fondo y ya parecía que agredían formalmente, pero se detenían, como para no dar a conocer su juego tan pronto.

Fué en el segundo tiempo cuando ambos se embistieron con coraje, y en el cual los locales se anotaron su único gol, pero de modo admirable: la pelota pasó por cuatro jugadores sin tocar tierra antes que un delantero con un cabezazo cruzado la mandara a la meta, lo que originó los más alegres aplausos entre los espectadores.

Reanimados los nacionales, siguieron jugando con tal ardor que por algún tiempo fueron dueños de la pelota, obligando a sus adversarios a cambiar una y otra vez de táctica. En una ocasión, gracias al enorme salto de su arquero, pudieron éstos evitar que les fuera anotado un

segundo gol. Todo parecía, pues, que la suerte de éstos estaba sellada; sin embargo, fueron aquéllos los que perdieron, aparentemente por cansancio prematuro, pues los visitantes se llevaron la victoria encestando dos goles con relativa facilidad. Fué sorprendente, de veras, el pronto cansancio de los locales, que en adelante apenas pudieron ir a la defensiva, pues en este tiempo precisamente habían sido cambiados muchos de los integrantes del cuadro. Pero el público, que aplaudía el triunfo de los otros o se estaba quieto, no parecía darse cuenta de aquella fácil fatiga, o lo tomaría como cosa natural y corriente. Y esto sí era raro.

A mi lado estaba un señor a quien una vez oí que le llamaban dándole el tratamiento de doctor, y al cual le pregunté al salir cómo es que los chapines habían perdido habiendo exhibido en la primera parte del juego cualidades quizás más brillantes que los otros. Y él me respondió paladinamente:

—Los nuestros se cansaron primero.

—Sí, pero se cansaron muy pronto. Tal vez ayer tranocharían...

—No, es que así son.

—Pero eso no puede ser normal. ¿No cree usted?

—Yo sí lo creo: es que están mal alimentados.

—¡Oh!, no, eso tampoco me parece exacto. Su desarrollo muscular se ve bueno, casi excelente, y...

El otro me miró y bajó la cabeza, pensó un poco y me miró otra vez. y entonces me detuvo —porque veníamos caminando— para explicarme:

—Usted no sabe, sin duda, que los de nuestro pueblo nacen y crecen desnutridos, pobremente alimentados, si alimentarse se llama vivir de tortillas y yerbas, hasta que, si no se mueren en el camino, logran llegar a ganarse el pan ellos mismos y a aprender al fin a comer, porque más aprenden a beber licores. Algunos, para fines deportistas, son científicamente entrenados tanto en el deporte como en la buena mesa, dándose el caso de llegar ellos a adquirir una complexión recia y hasta atlética que les permite conducirse como tal, aunque forzosamente por poco tiempo; porque no es igual el atleta nutrido desde

en la cuna y desde en el vientre de su madre, que el otro tardíamente alimentado y hecho hasta ahora, cuando en su fase adulta aún estaba lejos de tener un peso normal. En el primer caso encontramos base, verdadero cimientó como de roca; en el segundo, que es lo que vemos aquí, se ha edificado sobre arena...

Por largo rato continuó explicándome, pero en tecnicismo médico, que me resultaba difícil de entender, hasta terminar diciéndome que debido a esa misma desnutrición original era que casi todo el que aquí sigue estudios de segunda enseñanza debe pronto acudir a los anteojos, por la debilidad casi congénita de los músculos de la acomodación visual. Pero mientras él hablaba, yo había ido observando uno a uno a los que se habían detenido en torno a nosotros para escuchar, interesados también en la explicación que aquél daba, los que yo observaba por sí descubría en ellos alguna señal de protesta o que pudiera entenderse como un mentís a lo aseverado por el otro. Pero todos se veían estar de acuerdo, asintiendo en todo —y buena parte de ellos usaba anteojos—, y que siguieron su camino cuando el doctor se despidió diciéndome:

—Hasta otro día, caballero. Cúidese...

Debido al excesivo tráfico, la salida fué un poco difícil, no obstante la amplitud de las avenidas circundantes, viéndose el taxi obligado a darme un paseo por la sombreada avenida del llamado Paseo de la Reforma, el que ostenta casi tantas estatuas como árboles, y entre cuyos jardines asoman las bellas y caprichosas residencias de los ricos, desde cuyas ventanas hermosas ladinas daban al transeúnte la merced de mirarlas...

Dejamos atrás el monumento a los Próceres, en donde arde incesante el fuego que se llama de la Libertad y llegamos al fin al hotel.

Diciembre 12

Martes.

Hora: 8.30

Anoche leí el "Popol Vuh". Lo encontré en la Biblioteca Nacional, la que, por su elegancia y modernidad, merece descripción aparte.

Ocupa ella un sencillo palacio de dos pisos que abarca, junto con su poético boscaje que lo rodea, toda una manzana contigua al costado occidental del parque del Centenario. Dicho palacio, que tiene gran semejanza con el Nacional, presenta, como éste, altas columnas en su fachada principal, y las mismas graderías, orientado igualmente hacia el sur. En su interior, abierto al cielo por sus amplios y numerosos ventanales, se hallan en orden alfabético las distintas salas de lectura y de estudio, incluso de lectura para ciegos. Y amplios elevadores conducen desde el sótano, donde está la imprenta, hasta la terraza, donde funciona una estación cultural de radio.

En una de sus secciones pedí a una empleada el libro que buscaba.

—¿Cuál traducción quiere? —me preguntó—: ¿la de Rodas Villacorta o la de Recinos?

Tomé los dos, y me fuí a leerlos a un cómodo pupitre. Y ambos leí, con más interés que un colegial aprovechado. Pero cuando, horas después, cerré la última página, en mi ánimo quedó siempre un vacío que no pude llenar; pues, salvando unos cuantos capítulos más o menos comprensibles y que resultan más o menos bonitos, hace falta otro libro para poderse interpretar el resto, o sea la mayor parte de dicha obra que, como dijo la señora Rubio, no tiene pies ni cabeza. Pero ¿dónde estará ese libro? Porque no me parece que tal obra haya sido escrita no más que por vía de divertimento, máxime si tomamos en cuenta que una raza laboriosa, como era aquella, e intelectualmente superior, no podía haber producido una obra tan sosa o de tan limitados alcances, como se pretende, a más que originalmente no fué escrita en caracteres,

sino en pinturas y figuras alegóricas, lo que ha de haber exigido meses, si no años, en su preparación o "impresión", todo ello para haber tenido, al final, no otro objeto que el de distraer a los niños, o bien de hacerlos dormir. Yo no lo creo. Debe tener esto una solución distinta. Puede que yo esté equivocado, pero más creo que el equivocado sea el que escribió ese manuscrito.

Con todo, me di cuenta que los de esta raza Maya se creen realmente originarios del maíz, pero desde luego sin poder asegurar que éste fuera maíz picado, como dijo aquella amable señora. Según este original Génesis, hubo antes el intento de hacer al hombre de madera, y de barro después, hasta que, habiendo fracasado ambos, los dioses tuvieron finalmente la inspiración de hacerlo de la médula del maíz, que les resultó insuperable.

Mas no debe creerse que tales dioses y diosas hayan sido vestales o matronas, ni siquiera seres humanos, pues la mayoría, según el texto, eran animales de la selva chapina, desde el tacuazin o zarigüeya y la serpiente, hasta el guacamayo y el quetzal, sin dejar por eso de adorar al sol y a meteoros como el rayo, el trueno, la lluvia y el relámpago, como ocurre a las tribus que dejan de ser nómadas para empezar a vivir del cultivo de la tierra.

En lo que sí está de acuerdo dicho génesis con nuestros conocimientos bíblicos es cuando afirma que, en el principio, el vacío original fué ocupado antes que todo por el agua, surgiendo después la tierra, la cual fué poblada primero de animales y por último por el hombre.

Tuve también oportunidad de ver más detalles sobre el calendario quiché, pudiendo llegar al conocimiento de que la astrología parecía formar parte esencial de sus ritos religiosos. Todo lo demás, sin que quiera referirme a las etapas sucesivas de su progreso y evolución, que sería de suyo complicado, como fijar, por ejemplo, el momento en que apareció la orden sacerdotal o les iluminó el sol de la civilización, es un enredo mayúsculo, niebla pura, "lluvia negra" que no deja traslucir nada, pese a los esfuerzos que dichos traductores hicieron por aclarar las ideas del texto. ¡Como no haya sido el estallido de los cañones de los "blancos" el sol de la civilización que les alumbró!...

Terminada la lectura, recorrí de paso el salón de exposiciones donde exhibían una serie de cuadros de estilo vanguardista, dibujados —o mejor pintados, pues que en tal arte el artista renuncia a la línea para quedarse sólo con el color— por artistas nacionales.

En otro salón, tan amplio como este último, daba fin en aquel momento una conferencia que sobre “el heroico pasado de la ciudad Antigua Guatemala” había dado un miembro de esta Academia de Geografía e Historia, lamentando haber llegado tarde a ella.

Y por ser ya las 24, me vine al hotel a descansar.

Hora: 14.30.

Sin quitar el dedo del renglón, temprano volví a salir con el deseo de encontrar y conocer al señor Miguel Xirúm Ij, pero todo en vano, como fué también vana mi pretensión de mirar por algún lado indios de los que se alimentan mejor que los europeos. A lo mejor andan juntos sabe Dios por dónde. Al primero le busqué, conste, con narices de reportero, indagando hasta entre los grupos de indios que encontraba en la calle, consiguiendo tan sólo enojarme conmigo mismo por este mi señalado fracaso, pues me faltó la habilidad necesaria en esta clase de pesquisas; aunque también creo que mi falta de éxito se debió en gran parte a mi ignorancia en el uso de dialectos, pues los ladinos confiesan que poco les importa el paradero, que más parece escondite, del Reformador de marras; y los indios, que tenían por qué saberlo, se me hacían los suecos al preguntarles en español, o ladina-mente me orientaban por vías erradas. Pero no podía pensar en andar con la señora intérprete de arriba abajo.

Por otra parte, y con no poca sorpresa, fuí encontrando por la calle algunas “indias” bien guapas que, a juzgar por su lujo y elegancia, maquillaje y demás cosas naturales y manufacturadas que llevaban encima, era seguro que debían ser ladinas disfrazadas de indias. Pero ¿por qué habían de vestirse así? Bien sabía que éstas no

tienen trato con aquéllas. ¿Qué razón, pues, tenían para ponerse sus modestos aunque vistosos trajes? ¿O serían meseras de otros tantos restaurantes? No me parece, pues, en primer lugar, algunas se veían distinguidas, y en segundo lugar, no podía ser que hubiesen abandonado sus puestos. Más posible es que se trate de un nuevo capricho de los ladinos chapines, pues recuerdo que mi amigo Gutiérrez se expresó diciendo que ésta es la ciudad de los caprichos. ¡Si tendrá razón!...

Pasadas las 12 regresé al hotel, tanto más contrariado cuanto más cansado me sentía. Pero allí me aguardaba la respuesta del Palacio Nacional a mi telegrama de ayer, informándome de que el presidente me había señalado audiencia para las 16 horas de hoy mismo noticia ésta que me hizo olvidar la pesadumbre de aquel fracaso.

Hora: 19.45.

¡Bueno! Ya hablé con el presidente. Llegué al Palacio media hora antes de la indicada para la cita, pues no podía dominar mi impaciencia, habiendo encontrado en él una cantidad redoblada de ladinos que pasaban de prisa o bien se detenían en grupos a comunicarse sus impresiones políticas, que no pasaban de ser apreciaciones individuales, en gran parte carentes de todo valor, pese a sus esfuerzos que hacían por dárselo triple.

Alcancé el segundo piso por las escaleras, pues los ascensores estaban materialmente congestionados, y al llegar a mi destino un oficial muy cortés me hizo sentar en el salón a esperar mi turno mientras otros, conforme eran llamados, iban entrando al gabinete del presidente a través de la puerta que me quedaba al frente. Y tantos había esperando allí que volví a hacer cálculos mentales, encontrando que el último de ellos no pasaría por esa puerta antes de clarear el nuevo día...

El caballero que quedó a mi derecha era el cónsul de la Rusia Blanca, según me lo dijo él mismo. Un tipo sonriente y con deseos de hablar con todo el mundo. Sin pre-

guntármelo agregó que las cosas de este país se están poniendo tan caíerres que los asuntos extranjeros han perdido mucho de su importancia y pasado a segundo término, al extremo que media hora antes había pasado la de su audiencia, y continuaba esperando. “¿Qué le vamos a hacer?”, terminó, encogiéndose de hombros. “Este gobierno tiene justos motivos para preocuparse: los indios amenazan cambiar el curso total de su historia, y...”

Pero la frase, lastimosamente, quedó sin concluir al ser llamado del despacho. Sonriendo siempre se despidió de mí sin dejarme saber si había hablado en serio o no. Ahora mi atención fué atraída hacia los que, en torno mío, habían formado corrillos para seguir el tema de la política, y de los cuales participaban hasta las señoras, hablando todos con tanta vehemencia que se levantaban dejando libres sus sillas, las que aprovechaban otros muchos que hasta ahí no habían encontrado asiento. Y tantas eran las voces que ya parecía que con todo y salón saldríamos flotando en el aire con destino a la Vía Láctea, si bien nadie mencionaba a los indios en sus argumentaciones como dándose por descontado el resultado favorable de los próximos comicios. Hasta oí rumores que señalaban al vecino de mi izquierda como el futuro canciller... Mas yo me preguntaba: ¿Será posible tal resultado? ¿Cómo puede ser que, poniendo dos pesos desiguales en una balanza, se incline el platillo de menos peso? Me resistía a creerlo, salvo que admitiera que éstos tuviesen algún poder secreto y desconocido de todos, capaz de hacer verse negro lo blanco y lo blanco negro. ¿Cuál sería ese poder? Esto es lo que me proponía averiguar ahora, aunque no era en aquel salón en donde las charlas se interrumpían, con desintegración de los grupos, en la medida en que sus integrantes eran llamados desde adentro, que si bien se rehacían en seguida, era ya con elementos nuevos que reanudaban la discusión no en el punto en que había quedado, sino volviéndola a empezar desde el principio, de modo que ésta no pasaba de cierto nivel, haciéndose al fin para mí, que la escuchaba sin moverme, más bien aburrida por su monótona repetición.

Pero parecía que nunca averiguaría tal enigma pues el

carro del tiempo rodaba sin detenerse y como en ruedas de cuchillos, los que sentía rodar sobre mí mismo, alejándome, más que acercándome, al momento de entrar. No fué sino hasta las 17.15 que al fin oí que me llamaban.

Me levanté ligero y pasé por la anhelada puerta, pero tuve aún que cruzar dos amplios vestíbulos antes de verme frente al señor Presidente, que cordialmente me señaló asiento al lado de su pesado escritorio. Tenía expresión de cansancio por las largas faenas del día; sin embargo, me contestó muy gentil cuando le dije:

—Me apena, excelencia, ser motivo de interrupción en sus apremiantes actividades, pues me doy cuenta que...

—No tiene de qué apenarse —me interrumpió—. Yo siento más pena por haberle hecho esperar tanto, pero este asunto de las elecciones que ya estan a las puertas, no ha dejado de sobrecargar mis espaldas.

—Parece que, en efecto, he llegado en la hora caliente.

—Así es —contestó—. Son las postrimerías del actual gobierno.

Sonreí al preguntarle:

—¿No cree que sean también las postrimerías de todo el régimen?

—¿Por qué? ¿Conoce usted a los indios?

Me dí cuenta que la charla tomaba un rumbo distinto del que yo deseaba. Me ví siendo interrogado por el mismo a quien yo venía a interrogar, haciéndome pasar de examinador a examinado. Y no encontré otro recurso, para salir del paso, que mentir otra vez. Ahora veo que caí en el extremo opuesto al de la entrevista con el ministro de obras públicas: la timidez de entonces cedió el paso a la osadía de hoy, como si hubiese aprendido bien la lección. Creí, pues, del todo necesario decir mentiras para sacar verdades, esas verdades por las cuales estaba decidido a no rehusar sacrificio.

—He oído no más que opiniones aisladas —le dije—, pero todas desfavorables a los intereses de los ladinos, por lo que la Compañía Williams & Clark Limitada con-

fiesa abrigar algunos temores respecto al próximo futuro...

Suavemente contestó, aunque con cierto enojo en el fondo:

—¿Y qué es lo que teme? Siempre la gente exagera las cosas. ¿Temerá la llegada de los naturales al poder? Pero eso sería presuponer que éstos son malos. Y ¿quién dice que no lo son? No, señor. Aseguré a su Compañía que no ocurrirá nada, aun en el remoto caso de que ellos ganasen. ¿Preguntará usted por qué es que tengo tanta seguridad al decir así? Pues porque ellos no cuentan con hombres expertos en el delicado manejo de una República. Han sido siempre marinos, pero no capitanes y sin estudio previo no podrán llevar el barco a puerto alguno, y ellos lo saben muy bien. De ahí que tendrán necesidad de acudir a los ladinos no sólo para aconsejarse, sino también para entregarles puestos de importancia dentro de la administración pública, colocándolos así en condiciones de velar porque gobiernen rectamente.

No sin sorpresa le escuchaba, pues era la primera vez que encontraba un ladino que no sentía disgusto en hablar de los indios, más bien había suavidad, como simpatía en su voz hacia aquéllos. Pero yo me sobrepuse para seguir fingiendo mi papel de vocero de la Compañía, y le respondí:

—Es posible; sin embargo, he visto a muchos indios estudiando ciencias políticas y sociales en su grandiosa biblioteca, como preparándose decididamente a gobernar ellos solos.

El movió la cabeza.

—Un estadista no se improvisa así no más —dijo—, máxime que ninguno de ellos ha tenido tiempo de recibirse en ninguna Facultad, ni siquiera en el Instituto de Capacitación Diplomática, y bien saben que hay diferencia entre cultivar una huerta y gobernar un país. Habrán de necesitar de asesores técnicos y de experiencia que les vaya iluminando el camino, porque, según sabemos, ellos no traen ningún propósito intencional de hacer daño, por lo menos sus dirigentes. Ya lo creo que no toda la vida necesitarán de nuestra asesoría, pero tampoco gobernarán

toda la vida. —Y sonrió enigmáticamente, pareciéndome que me daba a entender que desde adentro los ladinos minarían el edificio.

—Pero habiendo, como he sabido —insistí—, animadversión y desconfianza entre los unos y los otros, veo difícil que ellos quieran de buen grado compartir su gobierno con los ladinos.

—Puede que sí y puede que no. Seguridad absoluta no hay; pero de no hacerlo se hundirían más pronto, al romper posiblemente la estructura económica y social de la nación. Pues podrán ser prácticos en algunas cosas, pero teóricas, difícilmente. Desde el punto de vista jurídico, un país viene siendo algo así como una recopilación de leyes, de muchas leyes, las que no se interpretan así no más, sobre todo tomando en cuenta que hay tres modos distintos de interpretarlas, y que es lo que constituye la hermenéutica, a saber: la doctrinal, la judicial y la auténtica, amén de considerar que la intención o el espíritu está sobre la letra. ¡Pobre el que, ateniéndose sólo a la corteza de lo escrito desatiende la médula de su razón! Vendría a ser como un niño tratando de escudriñar el secreto de las Pirámides. ¡Y ni que fuesen niños prodigios! No les quedaría, pues, más recurso que buscarnos para la justa interpretación y aplicación de aquéllas, si no quieren encallar desde el principio.

—Pero ellos podrían emitir leyes propias. ¿No cree usted?

—Eso sería una labor agotadora para cualquier legislador. Quedarse sin leyes para gobernar por decretos, siquiera temporalmente, es obra de verdaderos estadistas. Y gobernar bien en tales condiciones es labor de genios; cualidades éstas que no se les reconoce a ellos, por más dadvivosos que seamos.

—¿Aún descendiendo de los Mayas? —pregunté sonriendo—. Recién me he enterado que éstos fueron mundialmente los más sabios de su tiempo. ¿No es verdad?

—Así suele decirse, como se decía de la China de Confucio, del Egipto de los faraones, de la Arabia de Harum-Al-Raschid, y de tantos otros pueblos. Pero eso es relativo: nos gusta siempre ver sabiduría, como belleza o

felicidad, hasta que son idos. Y es que nos sorprende-  
mos al descubrir cualquier signo de inteligencia en los  
hombres del pasado, como nos ocurre al descubrir lo mis-  
mo en nuestros niños, por imaginarnos que nosotros so-  
mos los non plus ultra de los inteligentes; y hasta exa-  
geramos la sabiduría de aquéllos del mismo modo que ha-  
cemos con las travesuras de nuestros infantes, dándole  
intención inteligente hasta al más tonto de sus caprichos,  
con lo que creemos que nuestra misma inteligencia sale  
ganando, no sabiéndose decir al final quién es el niño y  
quién es el adulto. No obstante, en toda exageración hay  
siempre un germen de verdad. El germen aquí es que  
aquéllos gobiernos eran de filósofos. Es cierto que sus  
cuerpos no subían a la estratósfera ni mucho menos, pe-  
ro sus pensamientos ascendían más lejos que los de aho-  
ra. Lo más curioso del asunto es que los hombres de hoy  
los conceptúan sabios precisamente por su elevación espi-  
ritual, siendo que ellos mismos se ríen de todo idealis-  
mo, conformándose con subir sus cuerpos a 20 kilómetros  
aunque su espíritu no suba ni un palmo. Por lo que me  
atrevería a afirmar como más exacto que nuestra confesa  
admiración por las inteligencias de otros tiempos es más  
bien parte de lo que podríamos llamar "teoría de la per-  
sistencia", o sea ese apego al pasado que señaló Krisna-  
murti como la fuente de todas nuestras desgracias y que  
en nuestro caso llamaríamos con más piedad "el mito de  
las ruinas", que es la expresión de la mezcla de dos sen-  
timientos que paradójicamente hemos tenido, y que son:  
admiración por la civilización Maya y desprecio por sus  
fundadores.

"Volviendo al principio, debemos admitir que si los  
naturales han hecho últimamente grandes adelantos como  
para que podamos conceder que intelectualmente se han  
capacitado para gobernar (con leyes, se sobreentiende),  
debemos recordar por otro lado que no basta eso para ser  
un gobernante ecuánime: hace falta, además, y con ma-  
yor razón, integridad moral, o sea poseer a conciencia el  
don de respetarse a sí mismo. Con esto no quiero decir  
que ellos carezcan de tal virtud, si en la vida privada al-  
gunos de ellos han dado muestras de ser íntegros y ecuá-

nimes. Pero sabemos que es muy distinta la vida privada de la pública; la de vivir sin arma ni poder, que la de vivir con poder y armas; que la bondad de los hombres, en la mayoría de los casos, puede sólo confirmarse cuando es dueño de una cosa de estas, o de ambas.

“Pero forzosamente debemos convenir en que, al hacer estas consideraciones, estamos pisando terrenos hipotéticos. Vueltos a la realidad, nos encontramos con que su éxito en las urnas es bien remoto, por no decir imposible.

—Confieso, excelencia, que eso es lo que no puedo comprender: cómo es que siendo ellos la mayoría, tengan el fracaso como seguro.

Echó hacia adelante el cuerpo, entrelazó ambas manos sobre el escritorio, y me explicó:

—Es que hay algo que usted ignora, pese a que es del conocimiento de todos. Debe saber que en las fincas del país, que son todas de ladinos y más de un centenar de ellas propiedad del Estado, trabajan más de un tercio del total de los indígenas, y, como son todos electores según la ley, sus votos se los han asegurado sus patronos por sistemas que sólo ellos conocen, pero que han sido fecundos a todo lo largo de la historia política del país, y no hay por qué esperar ahora excepciones que antes nunca la hubo, siendo que ya tales patronos resultan más que veteranos en la aplicación de dichos sistemas.

—Ahora sí comprendo. Y es una buena base, no hay duda, para sentirse uno optimista, aunque bien pudiera ser que traicionasen a la hora llegada. He oído decir que son pocos sinceros.

—La traición en masa sería sumamente improbable, como es improbable que todos resultasen fieles a la política de sus patronos. Pero con los que quedasen, sumados al total de los electores ladinos, sería bastante para el triunfo de éstos. Sin embargo, toda contingencia ha sido prevista. De ganar ellos y mientras nos queden dudas de su futura actuación y buena fe, se les obligaría a ciertas condiciones como requisito para entregárseles el poder. Hemos de observar primero si tienen tendencias radicales en uno u otro sentido para decidirnos a dejar-

los pasar, en defensa de nuestra sagrada Constitución que ya tiene medio siglo de vigencia y que ha sido tan encomiada por los pueblos civilizados del mundo; pues convencidos estamos que de caer nuestra hegemonía (y no me refiero a la personal o ladina, sino a la ideológica), como una montaña arrastraría en su caída a ellos mismos y al país entero.

Yo volví a quedarme sin entender. Por más que quería no podía explicarme eso de que la subida de los indios o naturales al poder hiciera caer "como una montaña" al país entero. De los ladinos sí lo entendía bien, cuya caída debía ser completa pese a la bondad que aquéllos pregonaban con sus postulados de: "Dios, Igualdad y Trabajo", que al cabo sólo podrían servir de propaganda; pero creí inverosímil que fuese ello también causa de la caída de todo el país, y así se lo dije, contestándome entonces él:

—Es que usted ignora que hay algo más y de mayor trascendencia que todo lo que hemos expuesto. Sucede que la tribu quiché ha ansiado eternamente su propia autonomía, o sea la independencia política y administrativa del territorio que ella ocupa. En la presente campaña electoral, si es verdad que ellos siempre fueron lacónicos y concisos, pero al lado de sus ofrecimientos de igualdad y trabajo para todos pudieron haber agregado de modo inequívoco el respeto a la integridad y soberanía nacional, lo cual no hicieron, haciéndonos temer que una vez sentados en esta silla que yo ocupo vengán a realizar tal autonomía, dado que el candidato indígena es de la rama quiché, disgregando caprichosamente al país en un retorno al parcelamiento de tribus, que equivaldría a la desintegración total de la patria, y que jamás podríamos permitir.

—Eso si me convence, excelencia. El asunto está bien claro. Y tal separación no sería sino fatal. Sólo resta saber si quedará tiempo para investigarse aquella buena fe, es decir, la intención que traigan.

—Sí queda, pues electo el presidente aún debe esperar hasta el 15 de marzo para tomar posesión, y este lapso es suficiente para dicho propósito. Desde luego —agre-

gó en seguida— que esto no debe interpretarse como una acción gratuitamente hostigadora hacia ellos, no creer que, en lo personal, me muevan sentimientos extraños a la ética, sino la sana intención de adquirir aquel convencimiento. Que una vez convencidos yo seré el primero en ofrecerles mi silla.

—Así lo creo yo —le dije sinceramente, aunque reservándome mis temores de que los suyos lo dejen actuar libremente, por lo que apenas comenté: Y ojalá todo salga a pedir de boca, quiero decir, sin mayores consecuencias. Ahora permítame —continué de prisa, dado que el tiempo seguía su marcha—, permítame preguntarle si es verdad que la culpa de esta ambición de los indios es de los gobernantes que los sacaron de su proverbial ignorancia, ya que algunos ladinos suponen que de haber continuado aquéllos en el analfabetismo nunca habrían llegado al grado actual de rivalizar con ellos.

—Verdad es que tanto mi gobierno como los que me precedieron —contestó amablemente— luchamos por instruirlos hasta sacarlos del tribalismo primitivo en que yacían como incrustados, pero esto fué hecho no sólo para bien de ellos, sino además para bien de nosotros mismos. En primer lugar, no podía haber patria digna en tanto hubiese una mayoría que se dejaba llevar por los azares de cada día, como estabilizados para siempre en la complacencia de la pereza, semejante a la orgullosa negligencia de los musulmanes; ignorancia que, por otra parte, les hacía materializar la espada de Damocles sobre nuestras cabezas, que caería el día en que la demagogia “mordiera” mejor entre ellos, que eran terreno abonado. Es cierto también que instruidos o no instruidos se comportarían siempre como una amenaza, por razones que luego diré; pero en todo caso era preferible una amenaza consciente que otra obrando por instintos. En tanto se había ignorado esto, o sea que el estado de abandono del indio nos perjudicaba a todos en todo sentido, podía excusarse aquélla bochornosa conducta. Pero una vez con el pleno conocimiento de esa verdad, no sólo era ya una obligación moral y hasta material, por el hecho de ser humano, sino también en compromiso de cumplimiento ne-